


**Pasiones públicas,
emociones privadas**
Escritos periodísticos
CHARLES DICKENS

Edición y traducción de Dolores Payás

gatopardo ediciones 

© de la traducción, la edición y los textos introductorios: Dolores Payás, 2024

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2024

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Este libro ha gozado del apoyo de la Fondation Jan Michalski.

Fondation Jan Michalski

Primera edición: enero de 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Javier Jaén

Imagen de la página 7: ilustración de Harry Furniss

para las *Obras completas* de Charles Dickens (1897)

Imágenes de las páginas 29, 111, 177, 241: cortesía de la Wellcome Collection

Imagen de la página 105: cortesía de Smith College Special Collections

Imagen de la página 361: cortesía de la Varsavsky Collection

Where Have You Been?: Selected Essays, de Michael Hofmann

© Farrar, Straus and Giroux. Citas autorizadas por el autor

ISBN: 978-84-127403-9-4

Depósito legal: B 20676-2023

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Nos entregamos, desarmados y rendidos, a la voz de Dickens. Así de simple. Si ello fuera posible, yo propondría dedicar los cincuenta minutos de cada una de mis clases a una meditación absorta y silenciosa, consagrada a la pura admiración de Dickens.

VLADIMIR NABOKOV, *Curso de literatura europea*

PASIONES PÚBLICAS

Cuanto más cambia algo, más se parece a lo mismo.

ALPHONSE KARR

1

LA WORKHOUSE

«UN RECORRIDO POR EL ASILO DE INDIGENTES»

«A WALK IN A WORKHOUSE»

Household Words, 25/5/1850

A finales del pasado mes de mayo asistí a un servicio religioso en la capilla de uno de los grandes asilos para indigentes que existen en nuestra capital. Era un domingo y, salvo el sacerdote y unos cuantos funcionarios, quienes estaban allí congregados eran todos menesterosos. Los niños se sentaban en la galería superior de la iglesia; las mujeres ocupaban la nave central y uno de los ábsides laterales; los hombres, el otro ábside. El servicio transcurrió con decoro y corrección, aunque el sermón debiera haberse adecuado mejor a la capacidad intelectual y las circunstancias de los feligreses presentes. Durante la misa dedicamos las habituales oraciones a diversas causas y personas; fueron rezos que en aquella iglesia tuvieron un significado especial y más punzante. Peticiones para las viudas y huérfanos, para los enfermos y niños pequeños, para los desdichados y oprimidos. Plegarias de esperanza para quienes, con el corazón agostado, ya no esperan nada de la vida. Oraciones para redimir a aquellos que una vez vivieron con decencia y luego naufragaron en una vida de delincuencia, y súplicas para los que están en peligro y sufren tribulaciones de toda clase. También hubo un recuerdo para «las personas de varios pabellones del asilo que se hallan enfermas de gravedad». A quienes habían conseguido recobrase tras pasar por una grave enfermedad, se les pidió que volvieran sus ojos al Altísimo y orasen en acción de gracias.

Entre los asistentes al servicio había algunas chicas de aspecto canallesco y otros tantos muchachos de expresión ceñuda y feroz, aunque la verdad es que muchos menos de lo que era de esperar; quizá el asilo mantuviera en un aparte a este tipo de personas. Se respiraba una atmósfera general de sumisión y abatimiento, y los rostros, a excepción de los de los niños, estaban apagados y faltos de color. Había personas de todas las edades y tipologías. Ancianos balbuceantes, de ojos legañosos, con o sin gafas, estúpidos, sordos, cojos. Viejos que parpadeaban con expresión vacua cuando algún intempestivo rayo de sol reptaba desde las losas del patio exterior hasta colarse por la puerta abierta. Otros que se protegían los ojos con las manos marchitas o se las llevaban a la oreja para oír mejor. Había quien leía su misal atentamente y quien se dedicaba a divagar, lanzando miradas maliciosas a su alrededor. Y estaban los que dormían, acucillados o refugiados en la sombra de alguna esquina. Y las ancianas esqueléticas y estrambóticas, que parecían bonetes y abrigos llenos de aire, lagrimeaban sin cesar y se secaban los ojos con pañuelos mugrientos. Y había arpías, en sus versiones femenina y masculina, cuya expresión de perversa complacencia y regocijo resultaba más que desasosegante. Si tuviera que definir la asamblea a grandes rasgos, diría que me hallaba en medio de ese gran dragón llamado «Indigencia». Allí estaba, en su más descarnada manifestación. Un monstruo desdentado, sin colmillos, frágil, impotente, apenas respirando con dificultad, tan debilitado que ni siquiera merecía la pena mantenerlo encadenado.

Finalizado el servicio me dispuse a visitar el asilo guiado por un caballero muy concienzudo y provisto de gran humanidad cuya misión era inspeccionar el establecimiento aquel domingo en concreto. Juntos íbamos a recorrer los penumbrosos caminos de la pobreza contenidos entre los muros del asilo, un pequeño universo habitado por una población de unos mil quinientos o dos mil necesitados que abarcaba un espectro de edad muy amplio, pues allí había desde niños con pocos días de vida —o a punto de llegar al mundo de la miseria— hasta ancianos que agonizaban en sus camas.



«Pobres comiendo en un asilo de indigentes», de Hablot Knight Browne, también conocido como Phiz (1840).

En una estancia abierta a un patio escuálido vimos a un grupo de mujeres apáticas que remoloneaban de aquí para allá, tratando de calentarse un poco bajo el precario sol de la mañana. Llegamos luego a la sala llamada, sin faltar a la verdad, «de los sarnosos», pues es el lugar donde despiojan a los pobres que entran en el asilo. Una mujer, viva estampa de esos personajes que Hogarth pinta tan a menudo, estaba poniéndose el uniforme al lado de una fogata en la que ya había más ceniza que llamas. Era la enfermera o, mejor dicho, la responsable de este insalubre departamento, ella misma otra indigente, escuálida y flácida, sucia, desaseada y con un aspecto tan tosco y descorazonador como el de la sala que tenía a su cargo. Sin embargo, cuando le preguntamos por los pacientes, se dio la vuelta, aún con el raído delantal a medio anudar, y se nos puso a llorar desconsoladamente. No con un llanto superficial o quejica que buscara provocar lástima, sino con lágrimas de auténtica tristeza y profunda aflicción. Estaba desolada. Trataba de contenerse y había vuelto la cabeza para que no la viéramos, pero se atormentaba y sollozaba con amargura, se estrujaba las manos, y le caían unos lagrimones tan gruesos y abundantes que casi la atragantaban. ¿Qué podía haber causado tal sufrimiento a alguien como ella, a la indigente a cargo de la sala de los sarnosos? Pronto lo supimos. «El bebé abandonado» había muerto una hora antes. El niño, un recién nacido que alguien había encontrado en la calle, y al que ella había estado cuidando desde que lo trajeron al asilo, acababa de fallecer. ¡Oh, qué dolor! Su amada criatura yacía inmóvil bajo una sábana.

El bebé abandonado era minúsculo, tan poca cosa que ni la misma Muerte hubiera debido considerarlo una presa atractiva. Y, sin embargo, la Muerte se lo había llevado consigo y ahora su cuerpo diminuto, lavado y adecentado, parecía dormir dentro de su caja. Mientras contemplaba esta escena creí oír una voz del Cielo. Se dirigía a la mujer. «Bendita seas, enfermera de los sarnosos. El día en que llegue tu hora y algún mendigo, menos amable que tú, prepare tu cuerpo frío, la criaturita abandonada que tanto amaste te recibirá en el Reino de los Cielos. Pues los niños y las personas como tú son ángeles que gozan del favor de mi Padre.»

En la siguiente habitación nos topamos con un conciliábulo de ancianas acuclilladas frente a una chimenea. Feas, con aspecto de brujas, parlotaban y se balanceaban a la manera de los simios. Mi compañero preguntó: «¿Todo en orden aquí? ¿Os dan suficiente comida?». Se levantó un murmullo general e indefinido acompañado por varios cloqueos, hasta que por fin una voluntaria se dignó a contestar: «Oh, sí, señor. Dios lo bendiga, señor. Y Dios bendiga a la parroquia de San X. Da de comer al hambriento, señor, y da de beber al sediento, y lo calienta cuando pasa frío y todo eso, que Dios bendiga a la parroquia de San X, y ¡muchas gracias, señor!». Un poco más adelante había un grupo de cuidadoras, también ellas indigentes, que estaban comiendo. Y de nuevo mi compañero preguntó: «¿Qué tal lo lleváis? ¿Cómo va el trabajo?». «Oh, bastante bien señor, faenamos duro y llevamos una vida dura. ¡Como la de los soldados!» Pasamos a otra habitación que parecía ser una suerte de purgatorio o lugar de tránsito. Allí mantenían a seis o siete locas muy ruidosas bajo la supervisión de un asistente cuerdo. Entre ellas se encontraba una chica de unos veintidós o veintitrés años: vestía con pulcritud, tenía buenas maneras y un aspecto respetable. Pregunté. Me dijeron que había trabajado como empleada doméstica en una casa, pero que se habían visto obligados a expulsarla porque sufría ataques epilépticos y había caído bajo algún tipo de mala influencia. Que la hubieran ingresado en el asilo significaba que estaba sola y no tenía amigos en el mundo, pero era obvio que su aspecto, educación y estado mental la diferenciaban mucho del resto de las mujeres. Habló con nosotros y se lamentó con pesadumbre, alegando que la convivencia con aquellas locas y el ruido que hacían a todas horas iban a empeorar su condición. Aseguró que aquí estaba perdiendo la cabeza de verdad, algo que resultaba muy evidente. Mi compañero tomó nota de su caso para informar y pedir que se hiciera algo al respecto, pero ella nos contó que ya llevaba así unas cuantas semanas.

Si la chica hubiera sido una ladrona pillada *in fraganti* robando el reloj de su patrona, no me cabe la menor duda de que se hallaría encerrada en condiciones muchísimo más favorables.

Escribo estas palabras, pienso en su situación y recuerdo que en este mismo periódico hemos denunciado el trato preferente que reciben muchos presos convictos. Y ahora no quiero dejar pasar la oportunidad de volver a llamar la atención del lector sobre este asunto. De modo harto subrepticio y silencioso, nuestro Gobierno actual nos ha colocado en una situación, tan absurda como peligrosa, en la que cualquier canalla de conducta criminal recibe mejor trato —alojamiento más limpio e higiénico, mejores cuidados, comida de más calidad— que un pobre de vida honesta.

Al decir esto no pretendo acusar de nada a este asilo que visité, más bien al contrario, pues en él fui testigo de acciones muy elogiosas y ejemplares. Muy en especial, me llamó la atención el cuidado con que se trataba a los niños, se les veía robustos y parecían estar todos bien alimentados, una visión muy agradable tras haber conocido las infames atrocidades cometidas en el establecimiento de Tooting, ese compendio de horrores que pasará a los anales de la historia inglesa y será recordado durante generaciones. Eso por no hablar del enorme daño que ha causado en el público, pues lo acontecido en ese infame lugar ha contribuido a levantar más suspicacias y a engendrar más desconfianza y malestar que todas las asociaciones cartistas y sus predicadores juntos.

La sección de los infantes estaba en el piso alto del edificio. Era una estancia grande, luminosa y aireada. Entramos a la hora de cenar y encontramos a los pequeños comiendo patatas con muy buen apetito. Nuestra visita, al fin y al cabo, la de unos extraños, no pareció cohibirlos en absoluto sino más bien lo contrario: nos alargaban las manitas para que se las estrecháramos, un gesto familiar que resultaba reconfortante y placentero, al igual que lo eran los dos destartalados caballos balancines que galopaban en una de las esquinas de la estancia. Pasamos a la escuela de las pequeñas, donde también estaban sirviendo la cena, y todas las chiquillas tenían un aspecto saludable y la expresión alegre. En la escuela de los niños varones, la cena había finalizado pero aún no habían terminado de reordenar la habitación, aunque pudimos ver a los chicos en un patio vecino, donde disponían

de suficiente espacio y oxígeno y correteaban sin restricciones igual que cualquier escolar en un centro normal. El dibujo de unos grandes buques a vapor adornaba una de las paredes de la clase, aunque hubiera sido muchísimo mejor, y más útil, que a los chicos se les hubiera dado un mástil con obenque y velas para que empezaran a practicar (algo que sí tienen en el correccional de Middlesex). En las circunstancias actuales, un muchacho que sienta la irrefrenable llamada del mar y quiera aprender el arte de la navegación, se halla atrapado en el asilo. Supongo que su única alternativa es imitar a esos residentes —hombres y mujeres— que se dedican a vandalizar el establecimiento, rompiendo ventanas, cuantas más, mejor, so pretexto de protestar por la mala calidad de las camas y de la comida. En realidad, es la manera que tienen de asegurarse una promoción hasta la cárcel más cercana y, desde allí, desaparecer en cualquier dirección.

En otra zona del asilo, un patio interior que sería el equivalente a la cárcel de Newgate, mantenían encerrados a un grupo de chicos y jóvenes adultos. El lugar, una especie de perrera que en otros tiempos había sido refugio ocasional de indigentes, ahora estaba integrado en el asilo y varios de sus ocupantes llevaban mucho tiempo allí. Hice la pregunta lógica: «¿Nunca salen de esta jaula?». «La mayoría de ellos están impedidos de alguna manera u otra», me explicó el funcionario. Y agregó: «Y no son aptos para nada. Se dedican a merodear arteramente, como lobos o hienas deprimidas, y cuando servimos la comida se lanzan sobre ella igual que hacen estos animales». El espectáculo del hidrocéfalo idiota que arrastraba sus pies a la luz del sol, en el patio exterior, era mucho más agradable en todos los sentidos.

Seguimos. Durante dos horas largas caminamos por un paisaje en el que había bosques de criaturas en brazos de sus madres o bien de otras mujeres, campos llenos de camas con enfermas, junglas de lunáticos y de hombres que aguardaban la cena en las habitaciones de abajo enlosadas de piedra. Y luego más y más selvas en las enfermerías del piso alto, enjambres de ancianos que se aferraban a la vida no se entiende ni cómo ni por qué. En algunas de estas habitaciones habían colgado unos cuantos cuadros

en las paredes y había unos pocos armarios desvencijados con piezas de vajilla de loza y utensilios de peltre. Aquí y allí, los ojos hallaban cierto respiro en una planta o dos. Casi todos los pabellones tenían su gato.

En esta interminable cabalgata por el mundo de la enfermedad y la vejez vimos de todo. Ancianos postrados desde hacía mucho tiempo. Sentados en el lecho, medio desnudos, muriendo o sobreviviendo en las cercanías del lecho, matando las horas en alguna mesa cercana al fuego. Les hicimos algunas preguntas, contestaron con un silencio perruno, algún gruñido malhumorado o una indiferencia aletargada; lo único que conseguía despertar un poco de interés era lo relativo a la comida y al calor. No había quejas, y la ausencia de protestas resultaba deprimente, implicaba que se daba por supuesta su inutilidad. El resentimiento era general, y también lo era el deseo, muy patente, de que se los dejara en paz con su soledad. Mientras paseábamos por uno de estos deprimentes escenarios, y estando fuera la responsable de la sala, mi acompañante inició un diálogo que reproduzco de modo aproximado.

—¿Todo bien por aquí?

Silencio por respuesta. En una mesa cercana hay un corro de hombres sentados frente a unos cuencos de *porridge*; uno de ellos levanta un poco su gorra escocesa para echarnos un vistazo, vuelve a encasquetársela con la palma de la mano y sigue comiendo.

—¿Todo bien por aquí? —repite mi compañero.

Silencio por respuesta. Sentado en una de las camas, otro hombre que pela trabajosamente una patata con dedos semiparalizados alza la vista y se limita a mirarnos.

—¿Os dan suficiente comida?

Silencio por respuesta. Otro hombre, este tumbado en un lecho, se da la vuelta y nos ofrece la espalda; luego tose.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le pregunta mi compañero.

El hombre no contesta, pero de súbito aparece otro anciano de la nada. Es alto, de apariencia decorosa y buenas maneras, y se ofrece voluntario para responder a nuestras cuestiones. No

tardaré en descubrir que la respuesta a cualquier pregunta siempre llega por parte de algún voluntario espontáneo, jamás de la persona a la que inicialmente se dirige la cuestión.

—Somos muy viejos, señor —contesta con voz suave y bien educada—, es difícil que podamos esperar encontrarnos bien, al menos la mayor parte de los que estamos aquí.

—Pero ¿estáis bien atendidos?

—No tengo quejas, señor —dice. Sacude un poco la cabeza, encoge los hombros y nos obsequia una sonrisa pesarosa.

—¿Os dan suficiente comida?

—Verá, señor, yo soy hombre de poco apetito —responde, y luego, con la misma expresión compungida— y aun así no tardo en dar cuenta de lo que me ofrecen.

Mi compañero señala uno de los cuencos de comida que hay encima de la mesa.

—Aquí veo vuestra comida del domingo, hay un trozo de carnero y tres patatas, ¿pasáis hambre con semejante ración?

—Oh, no, de ninguna manera. No estamos famélicos.

—¿Y entonces?

—Tenemos poco pan, señor. Nos dan una cantidad muy muy pequeña de pan.

La responsable de la sala acaba de entrar, se acerca a mi compañero secándose las manos.

—Señor, la ración que les dan no es mucha. ¿Sabe usted?, no llega a doscientos gramos diarios. Una vez que han desayunado les queda muy poco para la cena.

Otro anciano, hasta ahora invisible, emerge y se yergue sobre sus sábanas como un muerto saliendo de su tumba. Se limita a escudriñarnos.

—¿Os sirven té por la tarde? —pregunta mi acompañante al hombre de buenas maneras.

—Sí, señor, nos traen té al atardecer.

—¿Y guardáis pan del desayuno para comerlo entonces?

—Lo hacemos, señor, si es que queda algo para guardar.

—¿Os gustaría que os sirvieran más pan con el té de la tarde?

—Sí, señor —contesta enseguida, con expresión ansiosa.

Mi acompañante, que es un hombre bondadoso, parece turbado y se apresura a cambiar de tema.

—¿Qué ha sido del hombre que solía estar en aquella cama de la esquina?

La enfermera no recuerda a qué hombre se refiere. Por allí han pasado muchos ancianos. Nuestro interlocutor, bien educado, vacila, tiene dudas. El viejo espectral que poco antes resucitó en su cama dice «Bill Stevens». Y otro hombre que hasta ahora tenía la cabeza como quien dice metida en la chimenea, salta de inmediato. «Charley Walters», dice. El asunto parece haberle despertado un ligero interés; deduzco que Charley Walters y él hablaban de vez en cuando.

—Está muerto —dice.

Otro hombre, un tuerto, interviene con rapidez, quitándole las palabras de la boca.

—¡Sí! Charlie Walters murió en esa cama y..., y...

—Billy Stevens también —puntualiza, tozudo, el hombre espectral.

—¡No, no! Fue Johnny Rogers el que murió en esa cama, Charley Walters y él están muertos. Sam Bowyer también estuvo en esa cama y, sin embargo... —aquí se detiene un momento; luego sigue con voz incrédula—... salió vivo de ella y se fue.

Tras estas palabras regresa a la atonía. El resto de los ancianos, aparentemente hartos ya de la conversación, hacen lo mismo, y el hombre espectral retorna a su tumba llevándose la sombra de Billy Stevens con él. Nos damos la vuelta para dirigirnos hacia la puerta de salida cuando otro anciano, antes también invisible, aparece frente a nosotros como si acabara de brotar del suelo. Es tosco y viste una bata de franela.

—Disculpe, caballero, ¿me permite usted la libertad de decirle unas palabras?

—Sí, ¿de qué se trata?

—Mire, señor, ya estoy muchísimo mejor de salud. Lo que ahora necesitaría para acabar de reponerme es un poco de aire fresco. El aire fresco siempre ha sido lo mejor para mi enfermedad, pero nos dejan salir del asilo muy pocas veces. Si el caballe-

ro que viene los viernes a darnos los permisos me permitiera salir a la calle de vez en cuando, aunque fuera solo una hora... Se lo ruego, señor.

Estando allá dentro, donde el único horizonte visible eran la vejez, la enfermedad y la agonía de la muerte, se hacía muy arduo imaginar que aquel ser humano hubiera conocido otra cosa. Y, sin embargo, el hombre estaba convencido de que le haría bien salir, contemplar otras escenas y redescubrir que en la tierra existía algo más fuera de este pabellón. Observando a todos estos ancianos, no pude evitar preguntarme cómo y por qué habrían llegado hasta allí, cuál sería su visión del mundo, de la vida. Qué aficiones y profesiones habrían tenido, si es que les había sido dado hacer alguna elección. Quizá aquel Charley Walters que recordaban les habría contado que en su juventud tuvo una compañera, una chica tan pobre como él. Puede que Billy Stevens les narrara épocas felices en las que habitó una tierra remota y extraña llamada Hogar.

En otra habitación de la enfermería yacía el cuerpo quemado y consumido de un niño; era ínfimo, apenas un bocado de criatura. Permanecía quieto y paciente, envuelto en vendajes, pero sus grandes ojos brillantes nos miraron con determinación y sin ninguna timidez cuando le dirigimos unas palabras amables. Su expresión era sabia y profunda, como si ya tuviera discernimiento y entendiera que existen cosas bellas y mucha ternura en el mundo. Como si compartiera, con nosotros, la admiración por unas enfermeras que sabían cuidar a sus protegidos y compañeros de miseria con una amabilidad superior a la de las enfermeras comunes que trabajan en los hospitales. Su mirada también nos decía que era consciente de su situación, sabía de los niños mayores que yacían a su alrededor, sabía qué futuro les esperaba y estaba ponderando si realmente valía la pena sobrevivir. Quizá, después de todo, le saliera más a cuenta morir. Él no les tenía miedo a los muchos ataúdes, ya montados o por montar, que se apilaban en el sótano del asilo, tampoco temía reunirse con su amigo desconocido, aquel «bebé abandonado» que descansaba en paz bajo su paño blanco. Y, sin embargo, también había una

luz anhelante y vivaz en su rostro diminuto; aun en medio de unas condiciones tan terribles parecía conservar un brillo de esperanza, un ansia de libertad, la aspiración a un poco más de pan. Y de pronto se me ocurrió que aquel destello era una llamada hecha en nombre de todos los desamparados y ancianos miserables. Los pobres de esta tierra.